

El crecimiento de la ciudad: introducción a un proyecto de investigación*

Ernest W. Burgess

El hecho decisivo en la sociedad moderna es el crecimiento de grandes ciudades. En ninguna parte como en las ciudades se han evidenciado con tanto vigor los enormes cambios provocados en nuestra vida social por la civilización industrial. En Estados Unidos, la metamorfosis de la civilización de rural a urbana es ya un hecho. El proceso, aunque iniciado más tarde que en Europa, ha acontecido, si no más rápida y absolutamente, al menos con mayor lógica en el desarrollo de formas características.

Todas las manifestaciones de la vida moderna peculiarmente urbanas —el rascacielos, el metro, los grandes almacenes, la prensa y la asistencia social— son característicamente norteamericanas. Los cambios más sutiles en nuestra vida social, denominados en sus manifestaciones más crudas «problemas sociales» (problemas que nos alarman y preocupan, como el divorcio, la delincuencia y el malestar social) son perceptibles en sus formas más pronunciadas en nuestras grandes ciudades. Las fuerzas profundas y «subversivas» que han acarreado estos cambios se miden por el tamaño físico y la expansión de las ciudades. Este es el significado de las estadísticas comparativas de Weber, Bücher y otros especialistas.

Estos estudios estadísticos, aunque relativos sobre todo a los efectos del crecimiento urbano, destacaron con rotundidad determinadas características diferenciales de las poblaciones urbanas respecto a las rurales. La mayor proporción de mujeres respecto a hombres en las ciudades que en el campo, el mayor porcentaje de jóvenes y personas de mediana edad, la tasa más elevada de los nacidos en el extranjero y el incremento de la heterogeneidad de ocupación son fenómenos que se incrementan con el crecimiento de la ciudad, alterando su estructura social. Estas variaciones de la composición de población son indicativas de todos los cambios en curso en la organización social de la comunidad. De hecho, estos cambios forman parte del crecimiento de la ciudad, y nos sugieren la naturaleza de los procesos de crecimiento.

El único aspecto del crecimiento adecuadamente descrito por Bücher y Weber fue el proceso, por demás obvio, de *agregación* de pobla-

* Reproducido de *The City*, dirigido por ROBERT E. PARK, por ERNEST W. BURGESS y R. D. MCKENZIE (Chicago: University of Chicago Press, 1925), pp. 47-62, con licencia de los autores y de University of Chicago Press.

ción urbana. Otro proceso casi tan pronunciado, el de expansión, ha sido investigado desde una perspectiva distinta y muy empírica por grupos interesados en planificación urbana, zonificación y estudios regionales. Aún más significativo que el incremento de la densidad de población urbana es la tendencia correlativa de la población a desbordar, inundando áreas más extensas, que son incorporadas a una vida comunal mayor. Este estudio, por tanto, tratará primeramente de la expansión de la ciudad, y en segundo lugar de los ya menos conocidos procesos de metabolismo y movilidad urbanos, que están estrechamente relacionados con la expansión.

Expansión como crecimiento físico

La expansión de la ciudad, desde la perspectiva de planificación urbana, zonificación y estudios regionales, es concebida casi absolutamente en términos de su crecimiento físico. Los estudios de tráfico han tratado del desarrollo del transporte en relación con la distribución de población en la ciudad. Los estudios de la Bell Telephon Company y otras entidades públicas han pretendido prevenir la dirección y tasa de crecimiento de la ciudad con el objetivo de anticipar la demanda futura, para extender sus servicios. En la planificación de la ciudad, la ubicación de parques y paseos, el ensanche de calles importantes para el tráfico, la disposición de un centro cívico, son fenómenos que interesan el control del futuro desarrollo físico de la ciudad.

Esta expansión superficial de nuestras grandes ciudades es hoy resaltada a nuestra atención por el «Plan para el estudio de Nueva York y sus alrededores» y por la nueva creación de la Asociación de Planificación Regional de Chicago. Este organismo ha extendido el distrito metropolitano de la ciudad hasta un radio de 50 millas, abarcando 4.000 millas cuadradas de superficie. El Plan y la Asociación se han impuesto medir la expansión con intención de afrontar los cambios que acompañan el crecimiento de la ciudad. En Inglaterra, donde más de la mitad de los habitantes viven en ciudades de cien mil o más habitantes, encontramos un vívido exponente del impacto de la expansión urbana sobre la organización social, que es así expresado por C. B. Fawcett:

Uno de los desarrollos más importantes y sorprendentes del crecimiento de las poblaciones urbanas en los países más avanzados del mundo ha sido, durante los últimos decenios, la aparición de una serie de vastas agregaciones urbanas o conurbaciones, mayores y más numerosas que las grandes ciudades de cualquier era precedente. Estas, de ordinario, se han formado por la expansión simultánea de una serie de ciudades vecinas, que han crecido hasta encontrarse en una verdadera coalición, formando una zona urbana continua. Cada una de estas conurbaciones continúa teniendo en su seno muchos núcleos de crecimiento de ciudades más densas, la mayoría de las cuales representan las áreas centrales de esas distintas ciudades a partir de las que nació la conurbación, y estas manchas nucleares están

conectadas por áreas menos densamente urbanizadas que iniciaron su vida como suburbios de las ciudades. Semejantes zonas menos densas, de momento y de ordinario, suelen estar ocupadas menos continuamente por edificios, y con frecuencia cuentan con numerosos espacios libres.

Estas grandes agregaciones de viviendas urbanas son un nuevo aspecto de la distribución del hombre sobre la tierra. Actualmente hay unas treinta o cuarenta de ellas, cada una de más de un millón de habitantes, mientras que sólo cien años atrás no había más de dos o tres, fuera de los grandes centros de población en las márgenes fluviales de China. Semejantes agregaciones de gente son fenómenos de gran importancia geográfica y social; plantean nuevos problemas de organización de la vida y bienestar de sus habitantes y de sus variadas actividades. Pocos de entre ellos han desarrollado por el momento una conciencia social mínimamente adaptada a la magnitud del problema, y pocos se han reconocido realmente como agrupamientos definidos de personas con muchos intereses, emociones y pensamientos comunes.¹

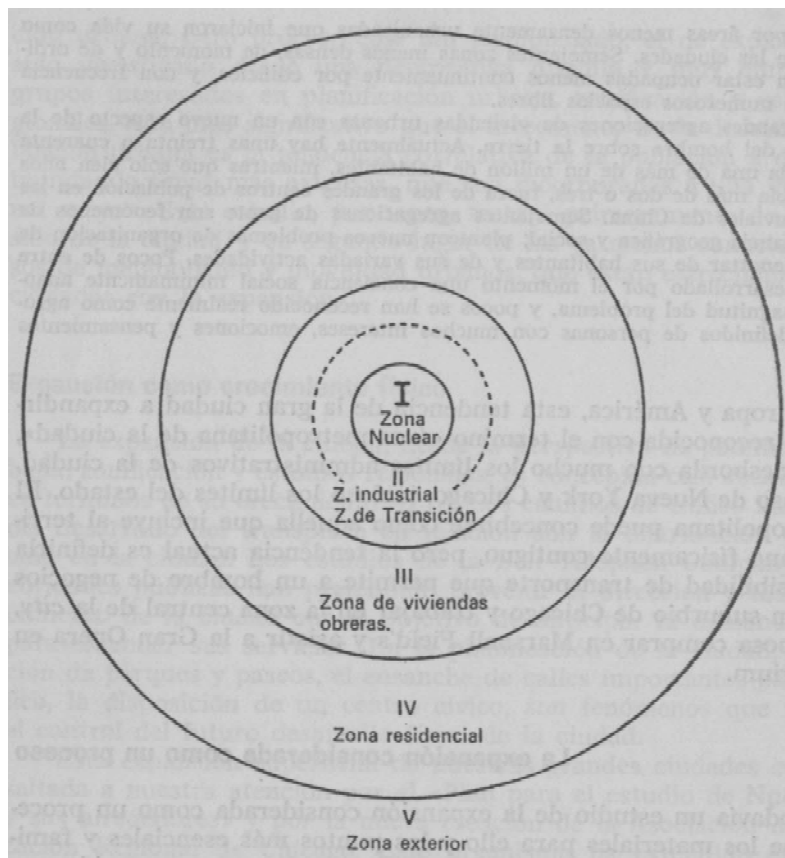
En Europa y América, esta tendencia de la gran ciudad a expandirse ha sido reconocida con el término «área metropolitana de la ciudad», área que desborda con mucho los límites administrativos de la ciudad, y, en el caso de Nueva York y Chicago, incluso los límites del estado. El área metropolitana puede concebirse como aquella que incluye al territorio urbano físicamente contiguo, pero la tendencia actual es definirla por la posibilidad de transporte que permite a un hombre de negocios vivir en un suburbio de Chicago y trabajar en la zona central de la *city*, y a su esposa comprar en Marshall Field's y asistir a la Gran Opera en el Auditorium.

La expansión considerada como un proceso

Falta todavía un estudio de la expansión considerada como un proceso, aunque los materiales para ello y los puntos más esenciales y familiares de los diferentes aspectos del proceso existen ya contenidos en ordenanzas de planificación de la ciudad, zonificación y estudios regionales. Quizás el proceso típico de expansión de la ciudad podría ser preferentemente ilustrado por una serie de círculos concéntricos numerables, que designarían tanto las zonas sucesivas de expansión urbana como los tipos de áreas diferenciadas en el proceso de expansión.

La figura 1 representa una construcción ideal de las tendencias de toda ciudad a expandirse radialmente partiendo de su distrito comercial central (el círculo central en el mapa) (I). Cercando el anillo nuclear de la ciudad aparece normalmente una zona de transición, que está siendo invadida por el terciario e industria ligera (II). Una tercera zona (III) está habitada por obreros industriales que han huido del área de deterioro (II), pero que desean vivir cerca de su trabajo. Más

¹ «British Conurbation in 1921», *Sociological Review*, XIV, abril de 1922, páginas **HI-112**.



1. El crecimiento de la ciudad

allá de esta zona se encuentra la «zona residencial» (IV) de edificios de apartamentos de la clase alta o de distritos «restringidos» con viviendas familiares independientes. Pasada esta zona, y más allá de los límites de la ciudad, aparecen las zonas suburbanas del cinturón, o ciudades satélites, que se encuentran a una distancia-tiempo de 30 a 60 minutos respecto al distrito comercial central.

Este gráfico ilustra claramente el hecho fundamental de la expansión, es decir, la tendencia de cada zona interior a extender su zona mediante una invasión de la zona exterior inmediata. Este aspecto de la expansión bien podría denominarse *sucesión*; un proceso estudiado con detalle en la ecología vegetal. De aplicar el gráfico a Chicago, encontraríamos que las cuatro zonas estuvieron insertadas en sus prime-

ros tiempos en el círculo de la zona interior, el actual distrito comercial. Los actuales límites de la zona de deterioro no hace aún muchos años equivalían a la zona habitada hoy por trabajadores independientes; fue una zona que, como recordarán millares de autóctonos, contenía las residencias de «las mejores familias». Apenas es necesario añadir que ni Chicago ni cualquier otra ciudad se ajusta perfectamente a este esquema ideal. Una serie de complicaciones en el esquema derivan de la ribera del lago, del Chicago River, de las líneas férreas, de factores históricos en la ubicación de la actividad, del grado relativo de resistencia de las comunidades a la invasión, etc.

Los procesos generales de expansión en el crecimiento urbano implican, además de la «extensión» y «sucesión», los procesos antagónicos y pese a ello complementarios de «concentración» y «descentralización». Todas las ciudades muestran una tendencia natural a que el transporte local y exterior converja en el distrito comercial central. En el anillo exterior de toda gran ciudad, encontraríamos los grandes almacenes, el rascacielos ocupado por oficinas, las estaciones de ferrocarril, los grandes hoteles, el museo de arte, y la sala de actos municipal. Allí se centra, muy naturalmente, casi inevitablemente, la vida económica, cultural y política. El hecho de que más de medio millón de habitantes entren y salgan a diario del «anillo central de Chicago» sirve de elemental medida de la relación de la centralización con los otros procesos de la vida urbana. En las zonas exteriores han aparecido más recientemente subcentros comerciales. Estos «anillos satélites» no representan, al parecer, el tan esperado renacimiento de la vida de vecindario, sino más bien la inserción jerarquizada de varias comunidades locales en una unidad económica mayor. El Chicago de ayer, una aglomeración de pequeñas ciudades campesinas y colonias de inmigrantes, está atravesando un proceso de reorganización hacia un sistema de «descentralización centralizada» de comunidades locales, que congrega subáreas comerciales visible o invisiblemente dominadas por el distrito comercial central...

Como hemos visto, la expansión se relaciona con el crecimiento físico de la ciudad y con el progreso de los servicios técnicos que han convertido la vida urbana, no sólo en llevadera, sino en confortable, cuando no lujosa. Determinadas necesidades básicas de la vida urbana son sólo posibles gracias a un tremendo desarrollo de la actividad comunal. En Chicago, tres millones de habitantes dependen de un sólo sistema de aguas unificado, de una sola compañía de gas gigante, y de una ingente planta de alumbrado eléctrico. Y con todo, esta cooperación económica, como la mayoría de los restantes aspectos de nuestra vida urbana comunal, es un ejemplo de cooperación sin la menor traza de cuanto por «espíritu de cooperación» comúnmente se entiende. Los grandes equipos públicos son parte de la mecanización de la vida en las grandes ciudades, y poco o ningún otro significado tienen en el sentido de organización social

No obstante, es factible estudiar los procesos de expansión, y en especial la tasa de expansión, no sólo en su aspecto físico y de desarrollo de actividades económicas, sino también en el de los cambios correspondientes en la organización social y los tipos de personalidad. ¿En qué medida va acompañado el crecimiento de la ciudad, en los aspectos técnicos y físicos, de un adecuado reajuste en la organización social? ¿Cuál es la tasa normal de expansión de una ciudad, entendiendo por ello una tasa que permita correlativas respuestas adaptativas *controladas* de la organización social?

Organización y desorganización social en cuanto procesos metabólicos

Estas cuestiones pueden ser respondidas preferentemente concibiendo el crecimiento urbano como resultante de la organización y desorganización, algo análogo a los procesos anabólicos y catabólicos del metabolismo en el organismo humano. ¿De qué forma son los individuos incorporados a la vida de una ciudad? ¿Por qué proceso una persona se hace parte orgánica de su sociedad? El proceso natural de adquirir una cultura es mediante el origen. Una persona nace en el seno de una familia ya acomodada al medio social, en este caso la ciudad moderna. La tasa natural de incremento de población, la más favorable para la asimilación, puede, pues, entenderse como el superávit de la tasa de nacidos respecto a defunciones; ¿pero es esta la tasa normal de crecimiento de la ciudad? Es cosa sabida que las ciudades modernas han incrementado y están incrementando su población a una tasa muy elevada. Con todo, la tasa natural de crecimiento puede ser utilizada para medir los desequilibrios metabólicos provocados por cualquier incremento excesivo, como ocurrió con el gran aflujo de negros sureños a las ciudades del norte después de la guerra de Secesión. De modo semejante, todas las ciudades presentan desviaciones en la composición por edades y sexos respecto a una población estándar, como la de Suecia, que no ha sido afectada en años recientes por ninguna gran emigración o inmigración. En este caso también, desviaciones acusadas, como cualquier gran exceso de varones sobre hembras o de hembras sobre varones, o en la proporción de niños, o de adultos, son sintomáticas de anormalidades en el metabolismo social.

Normalmente, los procesos de desorganización y organización pueden considerarse interrelativos, y cooperantes en un equilibrio inestable del orden social, en un sentido vago o definidamente considerado como progresivo. En la medida en que la desorganización oriente a la reorganización y contribuya a un ajuste más positivo, la desorganización habrá de concebirse no como patológica, sino como normal. La desorganización, en cuanto preliminar que es de la reorganización de actitu-

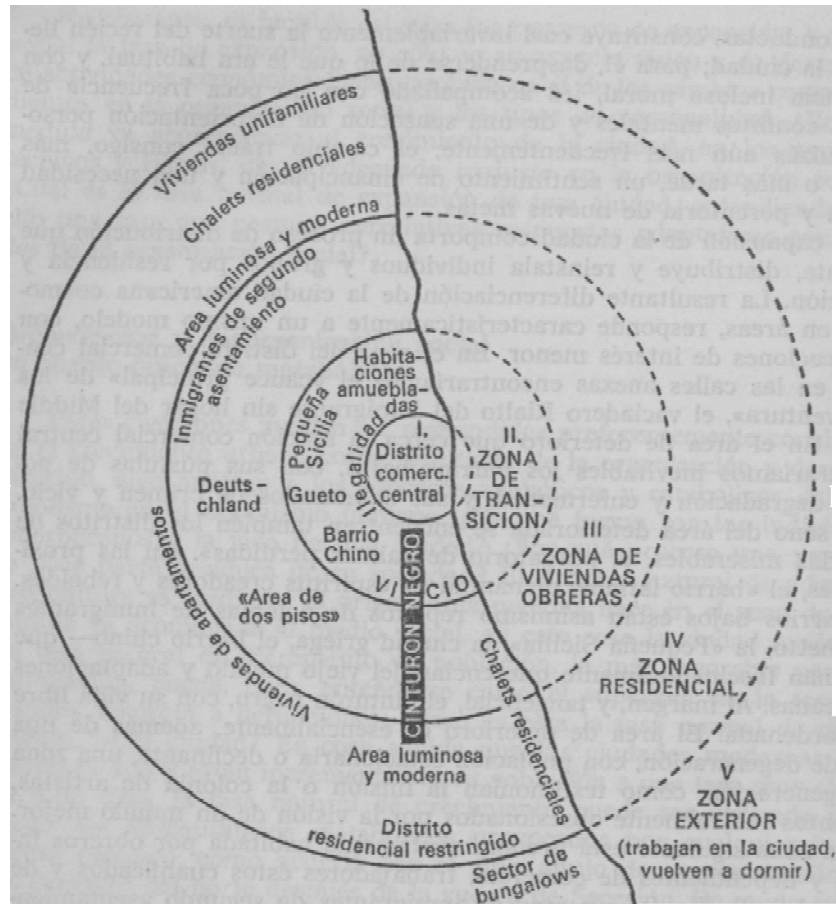
des y conductas, constituye casi invariablemente la suerte del recién llegado a la ciudad; para él, desprenderse de lo que le era habitual, y con frecuencia incluso moral, irá acompañado con no poca frecuencia de agudos conflictos mentales y de una sensación de desorientación personal. Quizás aún más frecuentemente, el cambio traerá consigo, más pronto o más tarde, un sentimiento de emancipación y una necesidad sentida y perentoria de nuevas metas.

La expansión de la ciudad comporta un proceso de distribución que reorienta, distribuye y reinstala individuos y grupos por residencia y ocupación. La resultante diferenciación de la ciudad americana cosmopolita en áreas, responde característicamente a un mismo modelo, con modificaciones de interés menor. En el seno del distrito comercial central o en las calles anexas encontraríamos el «cauce principal» de los «a la ventura», el vaciadero Rialto del inmigrante sin hogar del Middle West.² En el área de deterioro que cerca la sección comercial central encontraríamos inevitables los barrios bajos, con sus pústulas de pobreza, degradación y enfermedad, y sus submundos de crimen y vicio. En el seno del área deteriorada se encuentran también los distritos de viviendas miserables, el purgatorio de «almas perdidas». En las proximidades, el «barrio latino», manantial de espíritus creadores y rebeldes. Los barrios bajos están asimismo repletos de colonias de inmigrantes —el ghetto, la «Pequeña Sicilia», la ciudad griega, el barrio chino— que combinan fascinadoramente querencias del viejo mundo y adaptaciones americanas. Al margen, y tangencial, el cinturón negro, con su vida libre y desordenada. El área de deterioro es esencialmente, además de una zona de degeneración, con población estacionaria o declinante, una zona de regeneración, como testimonian la misión o la colonia de artistas, fermentos radicalmente obsesionados por la visión de un mundo mejor.

La zona siguiente está predominantemente habitada por obreros fabriles y dependientes de comercio, trabajadores éstos cualificados y de vida ordenada. Es ésa un área de inmigrantes de segundo asentamiento, generalmente de la segunda generación. Esta región, vista del barrio bajo, es la tierra de promisión, el *Deutschland* de la familia de ghetto con aspiraciones (*Deutschland* —literalmente Alemania— es el nombre otorgado, medio envidia, medio burla, a esta región de allende el ghetto, donde vecinos promocionados imitan envanecidos normas de vida alemanojudaicas). Y, sin embargo, los habitantes del área miran a su vez hacia la tierra de promisión de más allá: hacia las zonas de chalets residenciales, la zona de apartamentos, los «anillos nucleares satélites» y las zonas modernas y luminosas.

Esta diferenciación en agrupamientos naturales, económicos y culturales, conforma y caracteriza la ciudad. Pues la segregación, en efecto,

² Para un estudio de esta área cultural de la ciudad *vd.* NELS ANDERSON, *The Hobo*, Chicago, 1923.



2. Áreas urbanas

asigna al grupo, y, por ende, a los individuos componentes del grupo un lugar y un papel en la organización global de la vida ciudadana.' La segregación limita el desarrollo en determinadas direcciones, pero le da cauce libre en otras. Estas áreas tienden a acentuar determinados rasgos, a atraerse y desarrollar sus tipos de individuo, a hacerse, por tanto cada vez más diferenciadas.

La diferenciación del trabajo en la ciudad ilustra asimismo la desorganización, la reorganización, y esta creciente diferenciación. El inmigrante procedente de comunidades rurales europeas y americanas rara vez trae consigo una capacitación económica de algún valor considerable en nuestra vida industrial, comercial o profesional. Y, sin embargo

una interesante selección ocupacional se ha producido según la nacionalidad, lo que sería explicable, más que por temperamentos o características raciales, por diferencias económicas de fondo del viejo mundo, y ésta es la explicación de policías irlandeses, comerciantes de helados griegos, lavanderías chinas, mozos negros, porteros belgas.

Que en el millón de población de Chicago (996,589) nos aparecieran 509 ocupaciones, y que de cada mil hombres y mujeres que figuran en el *Who's Who* hubiera 116 diferentes vocaciones, nos da una noción de cómo en la ciudad la minuciosa diferenciación ocupacional «selecciona y orienta la población, separando y clasificando los diversos elementos».³ Estas cifras nos aportan también cierta intimidad de la complejidad y complicación del moderno mecanismo industrial y de la intrincada segregación y aislamiento de grupos económicos divergentes. Interrelacionada con esta división correspondiente en clases sociales y grupos culturales y recreacionales. El individuo encuentra en esta multiplicidad de grupos, con diferentes modos de vida, su mundo social congenial y, —lo que no es ya factible en los estrechos confines del poblado— la posibilidad de moverse y vivir en mundos ampliamente separados y quizá conflictuales. La desorganización personal posiblemente no sea otra cosa que la dificultad de armonizar los cánones de conducta de dos grupos divergentes.

Si los fenómenos de expansión y metabolismo indican que un grado moderado de desorganización puede facilitar, como de hecho ocurre, la organización social, también indican que la expansión urbana va acompañada de un excesivo aumento de enfermedades, crímenes, desórdenes, vicios, locuras y suicidios, y otros indicios elementales de desorganización social. Pero, ¿cuáles son los índices de las causas, y no ya de los efectos, del metabolismo social desordenado de la ciudad? Los excesos del incremento real de población sobre el natural han sido sugeridos como criterio. La razón de este incremento no es otra que la emigración a ciudades metropolitanas, como Nueva York y Chicago, de decenas de millares de personas al año. Su invasión de la ciudad afecta en forma de aflujo que inunda, primero, las colonias inmigrantes, puertos estos de primer arribo, desalojando a miles de habitantes que desbordan a la zona anexa, así hasta que la oleada alcanza su punto culmen sobre la siguiente zona urbana. El efecto global es acelerar la expansión, acelerar la actividad, acelerar el proceso de «vertido» en el área de deterioro (II). Estos movimientos internos de población resultan significativos en extremo para el estudio. ¿Qué movimientos sacuden a la ciudad, y cómo pueden ser medidos? Más fácil es, naturalmente, clasificar los movimientos internos de la ciudad que mesurarlos. Hay en este sentido un movimiento de residencia a residencia, un cambio de ocupación, una «rotación» laboral, un movimiento a y desde el trabajo, un movi-

⁵ WEBER, *The Growth of Cities*, p. 442.

miento hacia el recreo y la aventura. Y esto nos lleva a la siguiente pregunta: ¿cuáles son los aspectos significativos del movimiento para el estudio de los cambios en la vida urbana? La respuesta a esta pregunta nos obliga a una importante distinción previa entre movimiento y movilidad.

Movilidad como pulso de la comunidad

El movimiento, *per se*, no es una muestra del 'cambio o del crecimiento. De hecho, el movimiento puede ser fijo e incambiable cuya función sea controlar una situación constante, como ocurre con el movimiento rutinario. El movimiento significativo para el crecimiento implica un cambio de movimiento en respuesta a estímulos o situaciones nuevas. Un cambio de movimiento de este tipo se denomina *movilidad*. El movimiento del tipo rutinario encuentra su expresión característica en los desplazamientos de trabajo. El cambio de movimiento, o movilidad, está característicamente expresado en la aventura. La gran ciudad, con sus «luces resplandecientes», sus emporios de novedades y compras, sus lugares de diversión, su submundo de vicio y crimen, sus riesgos de la vida y la propiedad por accidente, robo y homicidio, es la zona de más intenso grado de aventura y peligro, excitación y sensaciones.

Es evidente que la movilidad implica cambio, experiencias nuevas, estimulación. La estimulación espolea la respuesta del individuo a esos objetos de su medio que permiten una expresión de sus deseos. La estimulación es para el individuo, como para el organismo físico, elemento esencial del crecimiento. La respuesta a la estimulación es, de modo general, tan amplia que supone una reacción *integral* correlativa de toda la personalidad. Cuando la reacción es *segmentaria*, es decir, separada de la organización de la personalidad y sin el control de ésta, tiende a convertirse en desorganizativa patológica. Esta es la razón de que el estímulo por el estímulo, como ocurre con la desasosegada persecución del placer, participe de la naturaleza del vicio.

La movilidad en la vida urbana, con su creciente número e intensidad de estímulos, tiende invariablemente a confundir y amoralizar al individuo. Pues un elemento esencial de las costumbres y la moralidad personal es la estabilidad, característica natural en el control social del grupo primario. Allá donde la movilidad es mayor, y, en consecuencia, los controles primarios quiebran absolutamente —como ocurre en la zona de deterioro de la ciudad moderna—, se constituyen áreas de amoralidad, de promiscuidad y de vicio.

Nuestros estudios de la ciudad demuestran que las áreas de movilidad son también las regiones donde se evidencia la delincuencia juvenil, banditismo de adolescentes, crimen, pobreza, abandono de familia, divorcio, niños abandonados, vicio.

Estas situaciones concretas muestran la razón de que la movilidad sea quizás el índice óptimo del estado de metabolismo de la ciudad. La movilidad puede ser concebida, en un sentido más que analógico, como el «pulso de la comunidad». Al modo del pulso del organismo humano, es un proceso que acusa y refleja todos los cambios que ocurren en la comunidad, siendo susceptible de análisis por elementos definibles numéricamente.

Los elementos que forman parte de la movilidad pueden ser clasificados en dos apartados principales: 1) posibilidades de mutabilidad del individuo; 2) número y tipos de contactos y estímulos en el medio. La mutabilidad de las poblaciones urbanas varía en razón de la composición de sexos y edades, y del grado de independencia del individuo respecto a la familia y otros grupos. Todos estos factores pueden ser expresados numéricamente. Los nuevos estímulos a los que responde una población pueden ser medidos en términos de cambios de movimiento o incrementos de contactos. Las estadísticas del movimiento de la población urbana, acaso sólo pueden medir la rutina, pero todo incremento a una tasa superior a la del incremento de población nos medirá la movilidad: En 1860 los tranvías de caballos de Nueva York transportaban unos cincuenta millones de pasajeros; en 1890 los trolebuses (y algunos tranvías de caballos que aún sobrevivían) transportaban unos quinientos millones; en 1921 las líneas suburbanas y de superficie en general transportaban un total de más de 2.500 millones de pasajeros.⁴ En Chicago, el número de viajes anuales por habitante en las líneas de superficie y elevadas era de 164 en 1890; 215 en 1900; 320 en 1910; y 338 en 1921. Paralelamente, el número de viajes por habitante en líneas suburbanas de vapor y electricidad casi dobló entre 1916 (23) y 1921 (41), pese al ya para entonces creciente uso del automóvil.⁵ Por ejemplo, el número de automóviles en Illinois aumentó de 131.140 en 1915 a 833.920 en 1923.⁶

La movilidad puede ser también medida, además de por estos cambios del movimiento, por los incrementos de contactos. Mientras que el incremento de población en Chicago de 1912 a 1922 no superó 25 % (23,6 %), el incremento de cartas distribuidas fue el doble (49,6 %, de 693.084.196 a 1.038.007.854.⁷ En 1912 Nueva York poseía 8,8 teléfonos por cada 100 habitantes, contra 16,9 en 1922. Boston tenía en 1912, 10,1 teléfonos por cada 100 habitantes, y diez años más tarde 19,5. En el mismo decenio las cifras aumentaron para Chicago de 12,3 a 21,6 por 100 habitantes.⁸ Pero el incremento del uso del teléfono no es probablemente más

Adaptado de W. B. MONRO, *Municipal Government and Administration*, II, 377.

⁵ *Report of the Chicago Subway and Traction Commission*, p. 81, y *Report on a Physical Plan for a Unified Transportation System*, p. 391.

⁶ Datos compilados por industrias del automóvil.

⁷ Estadísticas de la oficina de Correos de Chicago.

⁸ Deducido de estimaciones del censo para años intercensales.

significativo aún que el número de aparatos. El número de llamadas telefónicas aumentó en Chicago de 606.131.928 en 1914 a 944.010.586 en 1922,⁹ un incremento de 55,7 %, correspondiente a un incremento de población de sólo 13,4 %.

Los valores del suelo, en cuanto reflejan el movimiento, nos aportan también uno de los índices más sensibles de la movilidad. Los valores del suelo mayores de Chicago se encuentran en el lugar de mayor movilidad de la *city*, en la encrucijada de las calles Estáte y Madison, en el «anillo central». Un cómputo de tráfico mostró que, en un período muy activo, pasaron por la esquina sureste 31.000 individuos por hora, o 210.000 individuos en 16 horas y media. Durante diez años, los valores del suelo del «anillo central» han permanecido estacionarios, pero en el mismo período han duplicado, cuadruplicado e incluso sextuplicado en las encrucijadas estratégicas de los «anillos centrales» satélites;¹⁰ es éste un certero índice de los cambios ocurridos. Nuestras investigaciones, hasta el momento, parecen indicar que las variaciones en valores del suelo, especialmente cuando son correlativas de diferencias de precios de vivienda, ofrecen quizá la medida individual de la movilidad, y, por ende, de todos los cambios que transcurren en la expansión y crecimiento de la ciudad.

He intentado presentar a grandes rasgos la perspectiva y métodos de investigación que el departamento de sociología emplea en sus estudios del crecimiento de la ciudad. En particular: he intentado describir la expansión urbana en términos de extensión, sucesión y concentración, determinar cómo la expansión distorsiona el metabolismo cuando la desorganización excede a la organización; y, finalmente, definir la movilidad, proponiéndola como una medida de la expansión y del metabolismo, susceptible de formulación cuantitativa precisa, de forma que pueda ser concebida casi literalmente como el pulso de la comunidad. En un aspecto, esta presentación podrá servir como introducción a alguno de los cinco o seis proyectos de investigación que van tomando forma en el departamento.¹¹ No obstante, el proyecto en el que estoy directamente comprometido pretende aplicar estos métodos de investiga-

ción a una «sección transversal» de la ciudad, que pondrá esta área, por así decir, bajo el microscopio de forma que podremos estudiar con mayor detalle, control y precisión, los procesos que han sido aquí globalmente descritos. Con esta intención ha sido seleccionada la comunidad judía del lado oeste. Esta comunidad incluye el denominado «ghetto», o área de inmigrantes de primer asentamiento, y Lawndale, la denominada «Deutschland», o área de segundo asentamiento. Esta zona presenta indiscutibles ventajas para este estudio desde una perspectiva de expansión, metabolismo y movilidad. Ejemplariza la tendencia a la expansión radial, a partir del centro comercial de la ciudad. Y, por el momento, es un grupo cultural relativamente homogéneo. Lawndale es en sí misma un área de flujo-reflujo con la marea de inmigrantes todavía afluyendo del ghetto y un constante éxodo a regiones más deseables de la zona residencial. Asimismo, en esta área es posible estudiar cómo la influencia supuesta de la elevada tasa de movilidad en la desorganización social y personal está contrarrestada en gran medida por la eficaz organización comunitaria de la comunidad judía.

⁹ Estadísticas facilitadas por el señor R. Johnson, inspector de frecuencia de uso de la Illinois Bell Telephone Company.

¹⁰ Desde 1912 a 1923 los valores del suelo por pie de fachada ascendieron en Bridgeport de 600 a 1.250 dólares; en el distrito División-Ashland-Milwaukee, de 2.000 a 4.500 dólares; en Back of the Yards, de 1.000 a 3.000 dólares; en Englewood, de 2.500 a 8.000 dólares; en Wilson Avenue, de 1.000 a 6.000; pero decrecieron en el anillo central, de 20.000 a 16.500 dólares.

¹¹ NELS ANDERSON, *The Slum: an Area of Deterioration in the Growth of the City*; ERNEST R. MOWRER, *Family Disorganization in Chicago*; WALTER C. RECKLESS, *The Natural History of Vice Areas in Chicago*; E. H. SHIDELER, *The Retail Business Organization*; F. M. THRASHER, *One Thousand Boys' Gongs in Chicago: a Study of Their Organization and Habitat*; H. W. ZORBAUGH, *The Lower North Side: a Study in Community Organization*.